

# La última palabra del *Ulises*

*Joan-Carles Mèlich*

¿Cómo explicar el pensamiento de un autor como Jacques Derrida? ¿Cómo interpretarlo, cómo introducirlo a los lectores? ¿Se le puede ser fiel? El pensador de la aporía nos sitúa ante una primera aporía: ¿cómo hablar de su filosofía? ¿No supone eso que Derrida dice algo que puede ser reproducido, algo que puede ser traducido y, lo que resulta todavía más problemático, que puede ser establecido de una vez por todas, que puede ser entendido y, por tanto, clausurado? Quizá leer a Derrida y darlo a leer y presentarlo a alguien que todavía no lo conoce, o que lo ha leído pero no ha acabado de entenderlo, supone ya aprender a leer de otra manera, otramante, diferentemente, diferidamente, porque una de las primeras cosas que se descubre es que, según Derrida, la escritura no es algo marginal, un añadido al pensamiento, un tipo de instrumento, de canal o de medio, sino el pensamiento mismo; y por ello, precisamente, cualquier escrito sobre esa filosofía tiene que serlo también sobre la escritura.

Pues, bien, éste es el reto que Laura Llevadot se propone en este libro. Un reto que, como todo autén-

tico reto, es un desafío. En este caso, un triple desafío, diría yo. En primer lugar, se nos presenta el pensamiento de un filósofo que rompe con la tradición metafísica occidental con una radicalidad difícil de soportar para muchos. Pero, también, existe la dificultad de transmitir ese pensamiento porque no se puede hablar de Derrida de cualquier manera, como se hablaría de cualquier otro. Y, para acabar, el reto de hacerlo accesible a aquel que quizá no lo ha leído nunca pero querría leerlo, que tiene curiosidad por conocer qué dice ese francés nacido en Argelia, judío y amigo de Lévinas, lector de Husserl y de Heidegger, de Shakespeare, de Kafka y de Joyce.

Abrimos el libro de Laura Llevadot y, desde la primera página, su tono nos llama la atención. En efecto, introducir Derrida al lector no es fácil, no es cosa sencilla. Hay que hacerlo derridianamente, ya que, si no se hiciera así, el texto sería una primera traición al pensamiento del maestro. Hablar de Derrida sólo se puede hacer *à la Derrida*, y Laura Llevadot lo hace de manera excelente, problematizando la lengua. En el inicio, está el lenguaje y el lector debe saberlo desde el primer momento, porque los seres humanos somos herederos —ésta es una de las primeras lecciones que nos da— y en la lengua que heredamos hay, también, inevitablemente, la herencia de una ley y, por tanto, igualmente de una violencia. Somos herederos por-

que somos finitos. La finitud no es la muerte, sino la vida misma, una vida que no puede eludir las herencias, con todo lo positivo, pero también lo negativo, que ello comporta, porque también es la herencia de una impropiedad, la de algo que no poseemos del todo, la herencia de una impureza o un mestizaje. Somos en la historia, en la materialidad de los cuerpos, en las situaciones y en las relaciones, y desde aquí (nos) pensamos y (nos) vivimos. Siempre existimos en situación, siempre llegamos demasiado tarde. No empezamos con las manos vacías.

No soy un «experto» en Derrida, sino un lector, un apasionado lector de su obra, y también soy de los que defienden que la filosofía tiene que poder ser leída por no expertos, por no filósofos, por simples lectores. Pues, bien, diría que, para conocer el pensamiento de un autor, es importante plantearse dos preguntas: ¿contra quién piensa? ¿Cuál es su tema fundamental? ¿Qué es lo que le preocupa? En el caso de Derrida, la respuesta a la primera pregunta es clara: piensa contra la «metafísica», contra aquella tradición dominante en Occidente que entiende el ser como «presencia», como un «referente absoluto» que da razón de todo lo que pensamos, decimos o hacemos. No obstante, la respuesta a la segunda pregunta no resulta tan fácil. En alguien como Derrida, que no tiene una obra central, un *opus magnum* como, por ejemplo, *Ser y tiem-*

po de Heidegger o *Totalidad e infinito* de Lévinas, la respuesta, insisto, no resulta tan sencilla. Laura Lleavdot, a mi entender, toca el corazón del pensamiento derridiano cuando lo sitúa en el ámbito de lo político, de la democracia, de la soberanía.

En su conferencia *Fuerza de ley*, Derrida dice: «La deconstrucción es la justicia». Ésta es una de sus tesis más relevantes, porque la crítica a la metafísica no lo es sólo a su dimensión epistemológica, sino fundamentalmente a su política y ética, ya que un pensamiento metafísico se caracteriza por hacer valer lo Uno por encima de lo único, el modelo por encima de la singularidad. ¿Cómo pensar, desde ahí, lo político: la democracia, la justicia, la hospitalidad o el género? La de Derrida es una filosofía que muestra que no hay política sin mala conciencia, es decir, sin impureza, sin vergüenza, porque no hay nada más antidemocrático o injusto que considerarse demócrata o justo, que afirmar que la democracia o la justicia se han hecho presentes o que vivimos, finalmente, en una democracia y que podemos, por tanto, tener la conciencia tranquila y dormir sin sufrir pesadillas. Leer, pues, a Derrida es atreverse a iniciar una aventura inquietante en torno a sus preocupaciones éticas y políticas, unas preocupaciones que también son las nuestras. Y, entonces, no pensar como Derrida, sino con él y desde él. Éste es el reto.

No es necesario haberlo leído mucho para saber que nos encontramos ante un pensamiento que no quiere, de ningún modo, dar estrategias para orientar la acción, sino que, al contrario, quiere desfundamentarla, inquietarla; porque abrir un libro de Derrida es experimentar la ruptura y el desasosiego, es darse cuenta de lo que Kafka mencionaba en 1904 en su conocida carta a Oskar Pollack: «Si el libro que leemos no nos obliga a despertarnos como un puñetazo en la cara, ¿para qué leerlo?». Nadie lee para ser feliz. Lo que necesitamos son libros que nos hagan sentir desterrados, en el exilio, en un viaje incierto que no sabemos adónde nos conducirá y en el que lo único que sabemos con certeza es que saldremos de él transformados, ¿y quizá deformados? Sí, ese es el riesgo. Nadie *vuelve* igual después de leer a Derrida. Pensamiento de la justicia y del derecho, de la hospitalidad y de la hostilidad, de la donación y de la economía, Derrida siempre inquieta. El lector tiene una sensación extraña. En las clases de filosofía nos enseñan sistemas en los que todo encaja, en los que siempre hay una respuesta oportuna que, demasiado rápidamente, cierra la pregunta, la elimina, la destruye. No se enseña a leer lentamente, como pedía Nietzsche, y ello significa demorarse en la pregunta, hacer que lo interrogante se convierta en una forma de existencia, en una manera de «ser en el mundo», porque no puede haber ninguna filosofía

que pueda ser coherente sin cuestionarse a sí misma, sin reconocer sus presupuestos y prejuicios, las premisas que operan en ella implícitamente.

¿Insatisfacción en la lectura de Derrida? Sí, es verdad, porque las aporías no se han superado nunca, nunca pueden ser superadas. Hoy vivimos en la era de la «resolución de conflictos» y Derrida nos enseña que los verdaderos conflictos no pueden resolverse. En un pensamiento de la extranjería y de la *differenzia*<sup>1</sup> —porque, si hay algo que preocupa a Derrida, es el otro, el que no puede ser normalizado ni integrado— la respuesta que cada uno da a ése que le provoca y lo requiere no es —ni podrá ser nunca— suficientemente buena. Porque eso es la deconstrucción: respuesta, afirmación; porque, si algo queda claro en Derrida, es que su filosofía no es un cierre en el vacío y en la nada, sino la abertura a una radical alteridad, una abertura que queda, como él mismo dice, expresada en la última palabra del *Ulises* de James Joyce: «Sí».

---

1. En el original catalán, tanto en este prólogo como en el resto del libro, se traduce el neologismo derridiano «*différance*» por otro neologismo, «*diferència*». Entre las dos traducciones establecidas en castellano, «diferancia» con «a» y «diferenzia» con «z», optamos por esta última para conservar la homofonía que existe entre los términos franceses: la grafía gramatical («*différence*») y el neologismo derridiano («*différance*»). Más adelante (cfr. capítulo «Tengo un coño que me tapa toda la cara»), la autora explicita el sentido de este término. [N. del T.]